



El circo siempre es muy grande —aunque sea muy pequeño—, grande como el paraíso terrenal, del que tiene toda la ingenuidad, la claridad y la gracia primitiva y edénica. Los animales del circo son mansos animales como los que andaban por el Paraíso, y Adán y Eva aparecen en él tan desnudos y tan simples. El circo está lleno de más luz de la que tiene. Su techumbre se eleva en una cúpula de luz sorprendente, en cuyas nubes hay secretos transcendentales, trapecios elevadísimos y soportes firmes. La pista tiene tierra de la primavera, tierra fresca y reciente, sabrosa arena como la de los jardines cuando la saca el sabor y el olor la primera tormenta primaveral. Por su pista llena de arena, y por cómo los finos rastrillos la remueven como para borrar huellas de sangre, se parece al ruedo trágico de las plazas de toros; pero ¡ca!

Es esa arena una dulce arena, como esa con la que juegan los niños con palas, cubos y carritos, una arena sobre la que les gusta a los *clowns* sentarse, arrastrarse y nadar.

Es también la pacífica arena que encontramos en (...)



Ramón Gómez de la Serna (1888-1963)
Cincuentenario
El circo